Drácula

Primera edición en Reino de Cordelia, octubre de 2014
Título original: *Drácula*, 1897

Edita: Reino de Cordelia
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

Traducción de © Juan Antonio Molina Foix, 1993

Ilustraciones de © Fernando Vicente, 2014

Prólogo de © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2014

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

IBIC: FRD
ISBN: 978-84-15973-36-2
Depósito legal: M-27078-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Sgraf
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Drácula

Bram Stoker

Ilustraciones de Fernando Vicente

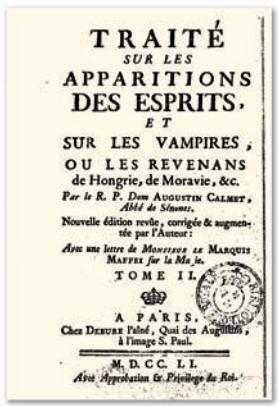
Traducción de Juan Antonio Molina Foix

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Prólogo

por Luis Alberto de Cuenca

La culpa la tuvo el marisco. El autor de *Drácula* aseguraba a su único hijo, Irving Noel Thornley Stoker (1879-1961), que la idea de crear al rey de los vampiros le surgió tras cenar un indigesto centollo. Sin menospreciar la influencia de la gastronomía en la vida y en la literatura, lo cierto es que por aquella época el vampirismo ya contaba con notables precedentes. La obra fundamental continúa siendo, sin duda, el *Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie…*, del R. P. Dom Augustin Calmet (manejamos la "Nouvelle édition revue, corrigée et augmentée par l'Auteur", dos volúmenes, París, 1751), del que tengo un ejemplar impoluto que me regaló Luis Bardón hace treinta y cinco años. El poeta Lorenzo Martín del Burgo lo tradujo a un impecable castellano en los años ochenta del siglo pasado y la editorial Reino de Cordelia publicó —no menos impecablemente— la versión de Martín del Burgo en 2009, ocupándome yo de prologarla.


TRAITÉ
SUR LES
APPARITIONS
DES ESPRITS,
ET
SUR LES VAMPIRES,
OU LES REVENANS
de Hongrie, de Moravie, &c.
Par le R. P. Dom Augustin Calmet,
Abbé de Senones.
Nouvelle édition revûe, corrigée & augmentée par l'Auteur:
Avec une lettre de Monsieur le Marquis
Maffei sur la Magie.
TOME II.
A PARIS,
Chez Debure Pâné, Quai des Augustins,
à l'Image S. Paul.
M. D. CC. LI.
Avec Approbation & Privilege du Roi.

De los ejemplos de vampirismo aducidos por Dom Calmet a la leyenda del conde Drácula hay solo un paso. Y el arte que ha sabido dar ese paso con más capacidad evocadora es la literatura, aunque es verdad que el cine no le ha ido a la zaga. Recordemos que, antes de este *Drácula*, del irlandés Abraham (Bram) Stoker (Clontarf, área residencial al norte de Dublín, 1847 - Londres, 1912), espléndidamente traducido al

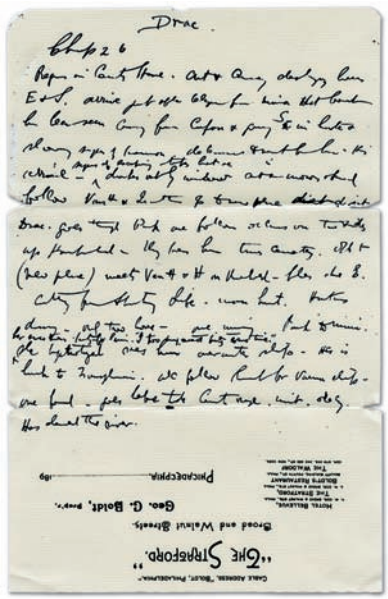
español por Juan Antonio Molina Foix e inmejorablemente ilustrado por Fernando Vicente, se habían publicado otras obras que hablaban de vampiros, como *La novia de Corinto* de Johann Wolfgang von Goethe, *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki, *Vampirismo* de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (presente también en el catálogo de Reino de Cordelia en traducción de Álvaro de Cuenca), *El vampiro* de John William Polidori, *Berenice* de Edgar Allan Poe, *El Viyi* de Nicolái Gógol, *La muerta enamorada* de Théophile Gautier (publicada en nuestra lengua por Rey Lear) o *Carmilla* de Sheridan Le Fanu (para la que escribí un prólogo en la edición de Alianza).

Retrato de Bram Stoker.

Leí hace milenios, en una entrevista que le hacían a Fidel Castro, cómo el barbudo dictador confesaba haber pasado un miedo espantoso, paralizante, leyendo *Drácula*. Y es que Stoker logra crear en su célebre novela un clima de terror tan invencible que hasta autócratas tan poco asustadizos como el cubano se rinden ante la pericia del narrador. Y lo logra mezclando elementos del más puro romanticismo gótico, anclado en los mitos de siempre (ese castillo onírico del monstruo colgado entre riscos inaccesibles, el aullido de los lobos, el horror atávico de los lugareños ante su diabólico señor feudal) con otros de un ochocentismo pragmático y cientificista casi verniano (esos médicos al tanto de los últimos avances en la parcela de las transfusiones sanguíneas, personajes chapados a la última en materia de ciencias aplicadas, mujeres imbuidas de un espíritu igualitario) y con un sentido del humor devastador, muy siglo XX, que está anunciando el humor corrosivo y sin barreras del mismísimo Kafka. Stoker no solo fue uno de los primeros defenso-

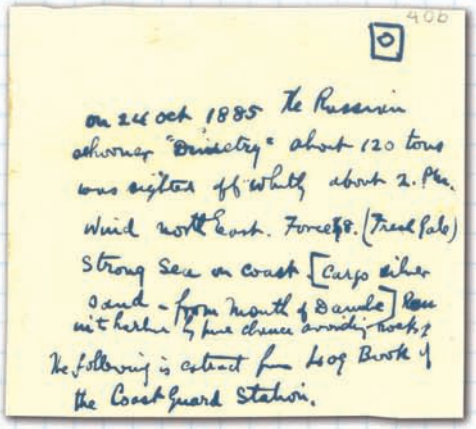
res de la poesía de Walt Whitman, al que llegaría a conocer en Estados Unidos, sino que mantuvo una estrecha amistad con Mark Twain, con quien intercambió ideas y bromas.

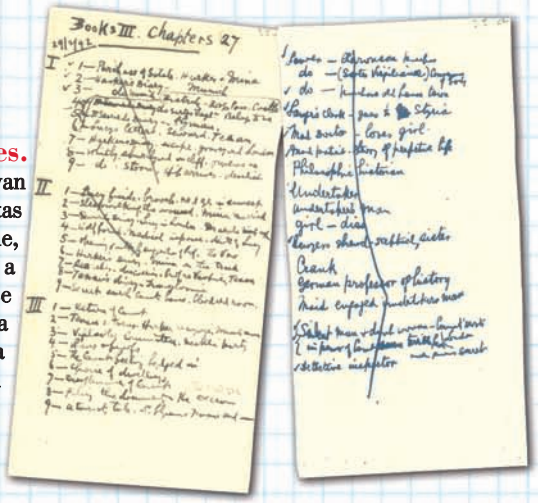
Fragmentos de diarios, cartas y recortes de periódicos son las piezas estructurales utilizadas por Stoker para desarrollar la acción del libro hasta su trepidante final. El resultado deslumbra. *Drácula* es mucho más que una estupenda novela de género y que la plasmación definitiva del mito del vampiro en un texto literario. *Drácula* es un clásico de la literatura inglesa y una de las quince o veinte novelas mejor construidas de la letras universales. No en vano su autor empleó siete años en preparar la que, sin duda, es su obra maestra. Siete años en los que tuvo que robar tiempo al histriónico actor Sir Henry Irving, jefe-vampiro de Stoker, que lo absorbería hasta sus últimos días y que pudo haber sido la mejor inspiración para crear al monstruo literario. El primer documento existente sobre el proceso creativo de *Drácula* es un apunte en una nota de un hotel de Filadelfia, fechado en 1890. Bram no escatimó esfuerzos en documentarse para la redacción de la novela: llevó un dietario de la acción para evitar imprecisiones cronológicas en su desarrollo a través de las cartas, diarios y telegramas que van articulando la narración. Visitó Whitby, el lugar donde atracaría en Inglaterra el carguero Deméter con el ataúd del vampiro, y tomó numerosos apuntes para perfilar a los personajes principales, que presentan en su caracterización individual una precisión psicológica admirable. Hasta el último borrador, escrito a máquina, estuvo pensando en el título, y aunque parecía decidido a que fuera *El no muerto* (*The Un-Dead*), alguien decidió en el instante final, antes de que la obra comenzase a imprimirse, titularla con el nombre del conde vampiro.



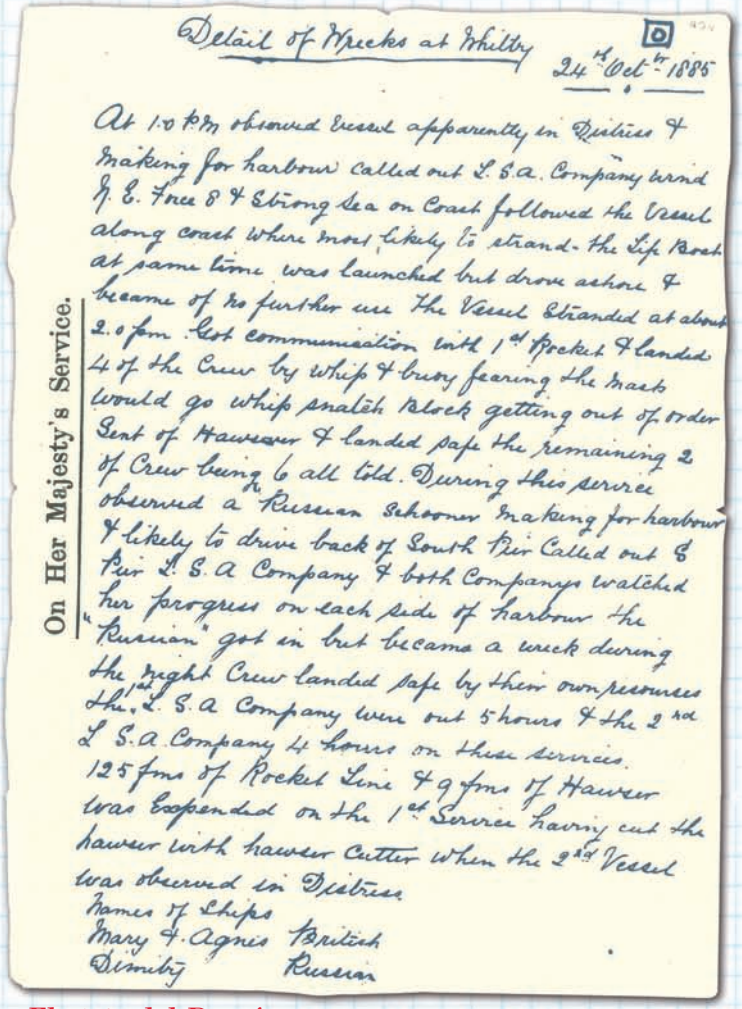
Sir Henry Irving caracterizado de Fausto (arriba) y la primera referencia existente de *Drácula*.

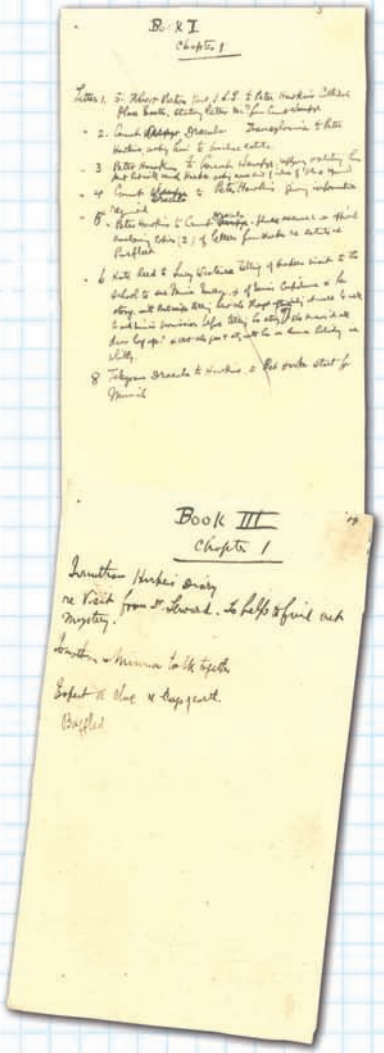
Los papeles de Stoker



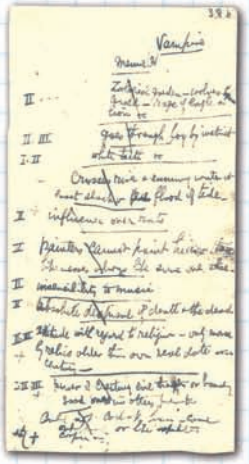


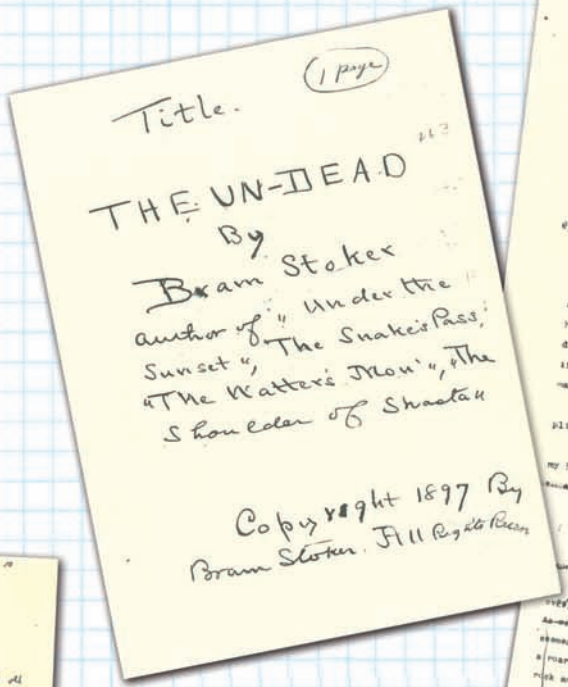
Personajes. Se conservan múltiples notas en las que, capítulo a capítulo, se consigna la entrada y salida en la acción narrativa de los protagonistas de la novela.

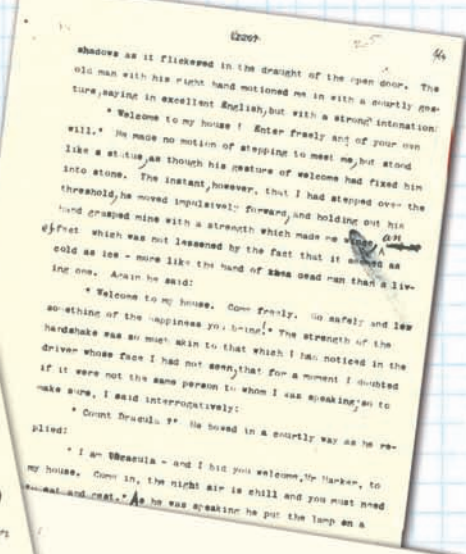


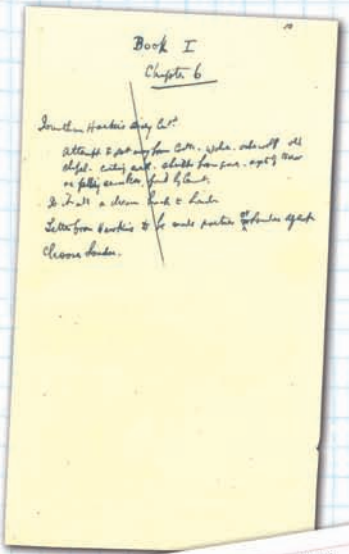


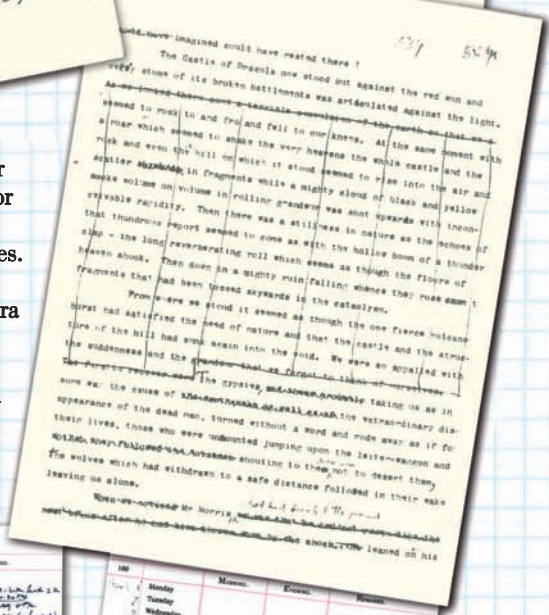
El viaje del Deméter. Stoker viajó hasta Whitby, para documentarse sobre las características de los barcos procedentes de Centroeuropa, antes de escribir la escalofriante singladura del Deméter.









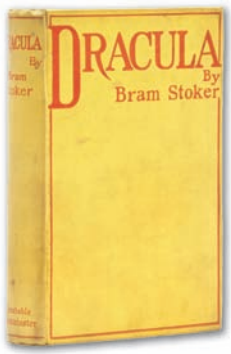


A máquina. Bram Stoker entregó a máquina a su editor el original de *Drácula*, con tachaduras y correcciones. La primera hoja, escrita curiosamente a mano, muestra cómo, hasta el último momento, el autor dudó con el título de su novela, que al principio iba a llamarse *El no muerto*.

Dietario. Para evitar errores en el desarrollo cronológico de la acción, Stoker llevó un dietario donde fue apuntando diariamente la entrada y salida de los textos, telegramas y noticias de prensa que dan forma a la novela.

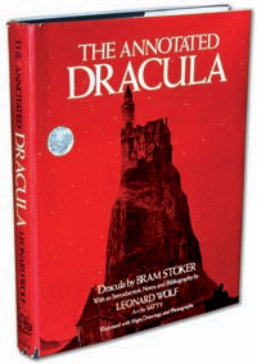
Edición de Drácula en español fechada en 1935, junto a las de Dima, Táber, Bruguera y Anaya.

Yo ya sabía desde siempre quién era Drácula, pero el *Drácula* por excelencia, o sea, el de Stoker, me asustó por primera vez en las páginas de una edición de bolsillo que compré en la Cuesta de Moyano a finales de los sesenta (Barcelona, Dima Ediciones, diciembre de 1968, versión española de José Luis Guarner). Poco después, compré otro *Drácula*, esta vez en tapa dura, traducido al español por Fernando Trías y prologado por mi querido y admirado maestro Pedro Gimferrer (Barcelona, Táber, 1969). Regalé entonces, de manera insensata y temeraria, mi *Drácula* de bolsillo a un amigo de la UNED, y han pasado muchos años hasta que he encontrado un segundo ejemplar en una librería de lance. Lo utilicé cuando escribí *Necesidad del mito* (Barcelona, Planeta, 1976, y Murcia, Nausícaä, 2008), al hablar del vampiro y del cazavampiros Abraham Van Helsing como adversarios arquetípicos, transcribiendo algunos párrafos de aquella traducción que acabo de restituir a mi biblioteca hace unos años.



La edición original de la novela de Stoker data de 1897 (Westminster, Archibald Constable and Company). Se la conoce como *The Yellow Book*, o sea, como *El libro amarillo* por excelencia y por antonomasia, pues la encuadernación editorial —la estoy viendo en el ejemplar que se guarda en mi biblioteca, perteneciente otrora a la de Vincent Starrett, el autor de la novela *The Private Life of Sherlock Holmes*, en la que se basó la película homónima de Billy Wilder— se confeccionó en tela sajona de color amarillo con letras rojas en cubierta, contracubierta y lomo, DRACULA / By / Bram Stoker, como ríos de sangre tipográfica. Ha sido reproducida facsimilarmente en *The Annotated Dracula* (Nueva York, Potter,

1975), al cuidado de Leonard Wolf, con ilustraciones de Wilfred Sätty. En castellano, habrá ya más de diez traducciones de *Drácula* hasta el día de hoy. La primera fue publicada en 1935 dentro de la serie rotulada "La Novela Aventura" [*sic*] y en formato pulp, sin nombre de traductor y presumiblemente incompleta, con cubierta del ilustrador mexicano Juan Pablo Bocquet e ilustraciones interiores de Femenía (quizá Ángel Femenía, un ilustrador de la era *déco*). En 1962 salió la de Barcelona, Saturno —también sin nombre de traductor—. Junto a la citada de Trías, recuerdo con agrado la versión de Flora Casas, en la preciosa colección "Tus Libros" de Anaya; la de Carlos José Costas, publicada por Fórum, dentro de su "Biblioteca de Terror"; la de Francisco Torres Oliver, maestro de traductores, que apareció primero en Bruguera y fue reimpresa más tarde por distintas editoriales, entre ellas por el Círculo de Lectores; la soberbia y sapientísima traducción de Juan Antonio Molina Foix (Cátedra, colección "Letras Universales"), con un sinfín de notas eruditas a pie de página, que es la que se reproduce aquí, y la excelente versión de Óscar Palmer publicada en la colección "Gótica" de Valdemar.



Desde *Nosferatu* (1922), el prodigioso film de Friedrich Wilhelm Murnau que, siendo una versión fiel de la novela de Stoker, cambió el título original para no tener que pagar derechos a la viuda del escritor irlandés, hasta las películas de vampiros de la productora británica Hammer Films y los mediocres y pretenciosos *Nosferatu* de Werner Herzog y *Bram Stoker's Dracula* de Francis Ford Coppola, la historia de Drácula ha sido trasladada a la pantalla en numerosas ocasiones (en nuestro país por ese gran actor que es Jacinto Molina, más conocido como Paul Naschy, que nos dejó para siempre en otoño de 2009). Pero acaso nunca ha sido contada en imá-

Cartel de Albin Grau para el *Nosferatu* de Murnau.

Publicidad promocional del *Nosferatu* (1922) de Murnau, junto a los carteles de las versiones de *Drácula* dirigidas por Tod Browning en 1931 y Terence Fisher en 1958.

genes con tanto encanto como por Tod Browning, el extraordinario realizador norteamericano, en su *Dracula* de 1931, con el no menos singular actor húngaro Bela Lugosi (1882-1956) en el papel del vampiro.

El *Dracula* de Browning y de Bela Lugosi sigue con cierta fidelidad la novela de Stoker, pero a través de la pieza teatral homónima de Hamilton Deane y John L. Balderston, lo que explica el marcado carácter escénico de la película. Lugosi ya había triunfado como Drácula en el teatro. Ahora le tocaba al cine su turno. Si el vampiro de Murnau era la repulsiva y animalesca criatura que describiera Stoker, el de Tod Browning es un personaje aristocrático, sugestivo y cortés, que se mueve en la noche elegante de Londres como pez en el agua. Los seres humanos, y especialmente las chicas guapas, son para el vampiro imprescindible fuente alimentaria, pues de ellos extrae la sangre, el fluido vital que necesita para subsistir. De cualquier forma, el conde Drácula se las arregla para que esa necesidad no haga disminuir, sino todo lo contrario, el poder de su *sex-appeal*, que es considerable.

El éxito del filme fue gigantesco, casi apocalíptico. La gente identificó en seguida a Drácula con Lugosi, negándose a partir de entonces a imaginar otro vampiro

que no tuviese las facciones del actor húngaro. Solo otro actor, en este caso británico, gozaría de un fervor popular comparable con el que suscitara Lugosi: me refiero a Christopher Lee (Londres, 1922), espléndido también como Drácula en varias películas de Hammer Films, entre ellas *Dracula* (1958) y *Dracula, Prince of Darkness* (1965), dirigidas ambas por Terence Fisher.

Así como el cine se ha ocupado generosamente del conde transilvano, el mundo de la ilustración no ha mostrado tanto interés por el personaje. Al margen de la espléndida versión de Ana Juan sobre el viaje fantasmagórico del Deméter y de las versiones en cómic —entre ellas la admirable de Fernando Fernández, realizada al óleo—, existen algunas interesantes aproximaciones de ilustradores como Sätty, Luis Scafati, Jae Lee o el mexicano Eko de la Garza, por citar solo algunos nombres, pero ninguna, en mi opinión, resulta tan atractiva como esta que ahora presentamos del gran Fernando Vicente, uno de nuestros ilustradores más literarios, que ha ocupado más de un año de su vida en estudiar gráficamente la obra maestra de Stoker y en realizar unas imágenes tan sustanciosas y arrebatadoras, al menos, como las del cinematógrafo. No cabía esperar mejor compañía para el inolvidable texto de Stoker.

Si no lo han hecho todavía —lo que me produciría una profunda sensación de envidia—, lean ustedes la novela *Drácula*, de Abraham Stoker, olvídense de los vampiros célebres del cine y atrévanse a ponerle rostro con ayuda de Fernando Vicente al vampiro de sus pesadillas. Dios quiera que lo consigan, porque será señal de que el terror no ha terminado agarrotando su imaginación o entumeciendo su fantasía, como le pasó al mismísimo Fidel Castro.

Luis Alberto de Cuenca
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

Drácula

Bram Stoker

A mi querido amigo
Hommy-Beg[*]

[*] Se refiere al escritor sir Thomas Henry Hall Caine (1853-1931), el único amigo que ayudó económicamente a Bram Stoker al final de su vida y uno de los autores más leídos de su tiempo.

La ordenación de estos documentos se pondrá de manifiesto al leerlos. Se ha eliminado todo lo superfluo, para poder presentar verosímilmente una historia que está prácticamente en desacuerdo con las creencias de nuestros días. No existe referencia alguna a cosas del pasado en las que la memoria pueda equivocarse, pues todos los documentos elegidos son rigurosamente contemporáneos, y expresan los puntos de vista de quienes los redactaron, limitados al campo de sus conocimientos respectivos.

Capítulo I

Diario de Jonathan Harker
(Taquigrafiado)

Bistriţa, 3 de mayo.— Salí de Múnich el día primero de mayo, a las 8:35 de la tarde, y llegué a Viena a primeras horas de la mañana siguiente; teníamos que haber llegado a las 6:46 pero el tren llevaba una hora de retraso. Budapest parece un lugar maravilloso, a juzgar por lo que pude vislumbrar desde el tren y en el corto paseo que me di por sus calles. No me atreví a alejarme de la estación, ya que habíamos llegado con retraso y nos pondríamos en marcha de nuevo con la menor demora posible respecto al horario previsto. La impresión que tuve es que salíamos de Occidente y entrábamos en Oriente. Tras cruzar el más occidental de sus magníficos puentes sobre el Danubio, que aquí alcanza una profundidad y una anchura considerables, nos adentramos en una región en la que todavía perduran las tradiciones de la dominación turca.

Salimos de Buda-Pest al poco tiempo y llegamos a Klausenburg[1] después de anochecer. Allí pasé la noche en el Hotel Royal. Para comer, o más bien cenar, tomé

[1] Capital del distrito de Cluj, en el centro de Transilvania, conocida modernamente como Cluj-Napoca. (Todas las notas son del traductor.)

pollo sazonado con pimentón; estaba muy bueno pero me dio mucha sed. (*Mem.*: conseguir receta para Mina). Le pregunté al camarero, y me dijo que se llamaba *paprika hendl*, y que, como era plato nacional, podría pedirlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Mis escasos conocimientos de alemán me resultaron muy útiles en esta ocasión; realmente no sé cómo habría podido desenvolverme sin ellos.

Durante mi estancia en Londres dispuse de algún tiempo libre para visitar el Museo Británico, en cuya biblioteca consulté los libros y mapas relacionados con Transilvania. Se me ocurrió que algún conocimiento previo del país me sería de utilidad para tratar con un noble del lugar. Pude darme cuenta de que la región que él mencionaba se encuentra en el extremo oriental del país, en la frontera de tres estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en medio de los Cárpatos, una de las zonas más salvajes y menos conocidas de Europa. Mas no fui capaz de hallar en ningún atlas o libro la localización exacta del Castillo de Drácula, pues no existen mapas de este país comparables a los de nuestro Servicio Oficial de Cartografía. Pero descubrí que Bistria[2], la ciudad mencionada por Drácula para cambiar de posta, es un lugar bastante conocido. Consignaré aquí algunas notas, ya que pueden refrescarme la memoria cuando le cuente mi viaje a Mina.

La población de Transilvania la forman cuatro nacionalidades diferentes: en el sur, los sajones y, mezclados con ellos, los valacos, que descienden de los dacios; al oeste, los magiares; y en el este y el norte los *szekler.* Yo voy al encuentro de estos últimos, que pretenden ser descendientes de Atila y los hunos. Es posible, pues cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI los hunos ya estaban allí establecidos. He leído que en la herradura de los Cárpatos se han juntado todas las supersticiones del mundo, como si se tratase del centro de una especie de torbellino de la imaginación. De ser así, mi estancia aquí puede resultar muy interesante. (*Mem.*: debo preguntarle al Conde sobre todo esto).

Aunque la cama era bastante cómoda, no dormí bien: tuve toda clase de sueños extraños. Puede que tuviera algo que ver un perro que estuvo aullando toda la

[2] Capital del distrito de Bistriţa-Năsăud. Stoker utiliza el nombre alemán Bistritz. En lo sucesivo utilizaré nombres rumanos.

noche bajo mi ventana. O tal vez fuera la páprika, pues tuve que beberme toda el agua de la garrafa, y aún así estaba sediento. Hacia el amanecer me quedé dormido y me despertaron unos golpes insistentes en la puerta, por lo que sospecho que debí de quedarme profundamente dormido. Para desayunar tomé más páprika, y una especie de gachas de harina de maíz que aquí llaman *mamaliga*, y berenjenas rellenas con picadillo de carne, plato muy exquisito que llaman *impletata* (*Mem.*: pedir también receta). Tuve que desayunar con prisas, pues el tren partía un poco antes de las ocho, o más bien debería haberlo hecho, pues, tras llegar apresuradamente a la estación a las 7:30, tuve que permanecer sentado en el vagón más de una hora antes de que arrancara. Tengo la impresión de que cuanto más al Este vamos, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Durante todo el día cruzamos a marcha lenta una comarca repleta de hermosos y variados paisajes. A veces divisábamos pequeñas aldeas o castillos en la cima de escarpadas colinas, como los que pueden verse en los viejos misales. Otras veces seguíamos el curso de ríos y arroyos que, a juzgar por los grandes parapetos de piedra a uno y otro lado, parecían estar expuestos a grandes crecidas. Hace falta mucha agua, y fuertes corrientes, para que un río sin turbulencias rebase sus márgenes más elevados. En todas las estaciones había grupos de gente, a veces multitudes, con todo tipo de atavíos. Algunos iban vestidos como los campesinos de nuestro país, o como los que vi al atravesar Francia y Alemania, con chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones de confección casera. Pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres parecían guapas, si no te aproximabas a ellas, pero muy desgarbadas de cintura. Todas llevaban mangas completamente blancas de uno u otro tipo, y la mayoría, grandes cinturones con múltiples cintas que ondeaban como los tutús de una bailarina de ballet, aunque, por supuesto, con enaguas debajo. Los tipos más raros que vimos fueron los eslovacos, que son más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros de vaquero, sus pantalones holgados de un blanco sucio, sus camisas blancas de lino y sus cinturones de cuero enormes, de casi un pie de ancho, tachonados con clavos de latón. Calzaban botas altas, con los pantalones metidos por dentro, y llevaban largas melenas y gruesos bigotes negros. Son muy pintorescos, pero no parecen agradables. Sobre un escenario los tomarían inmediatamente

por una pandilla de bandoleros orientales. Sin embargo, me han dicho que son bastante inofensivos y que más bien carecen de agresividad.

Era ya casi de noche cuando llegamos a Bistriţa, que es una ciudad muy antigua con un pasado interesante. Situada prácticamente en la frontera —puesto que el Collado Borgo conduce a Bucovina—, ha tenido una existencia muy agitada, que ciertamente ha dejado sus huellas. Hace cincuenta años tuvo lugar una serie de incendios devastadores que causaron terribles estragos en cinco ocasiones diferentes. A comienzos del siglo diecisiete padeció un asedio de tres semanas, en el que perdieron la vida trece mil personas, sin contar las víctimas causadas por el hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que fuese al Hotel Golden Krone, que resultó ser muy antiguo, con gran satisfacción por mi parte, pues, como es natural, tenía intención de conocer lo mejor posible las costumbres del país. Evidentemente me esperaban porque, al acercarme a la puerta, salió a recibirme una mujer mayor, de semblante alegre, vestida con el típico atuendo de campesina: saya blanca con un largo delantal doble, por delante y por detrás, de paño de colores, tal vez demasiado ajustado para ser recatado. Cuando me acerqué, inclinó la cabeza y me dijo:

—¿Es usted el *Herr* inglés?

—Sí —dije—. Soy Jonathan Harker.

Sonrió y le dio un recado a un hombre mayor en mangas de camisa, que la había seguido hasta la puerta. Este se fue, pero regresó inmediatamente con una carta, que decía así:

> Amigo mío:
>
> Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bucovina; en ella hay una plaza reservada para usted. En el Collado Borgo le esperará mi carruaje que lo traerá hasta mí. Espero que haya tenido un feliz viaje desde Londres y que disfrute durante su estancia en mi hermoso país.
>
> Su amigo,
>
> Drácula

4 DE MAYO.— Me enteré de que mi posadero había recibido una carta del Conde, en la que le indicaba que me reservara la mejor plaza de la diligencia. Mas cuando le pedí una información más detallada, me pareció algo reticente y fingió no entender mi alemán. No podía ser cierto, ya que hasta ese momento me había comprendido perfectamente; al menos, contestaba a mis preguntas como si así fuera. Él y su esposa, la anciana señora que me había recibido, se miraron asustados. El hombre masculló que le habían enviado el dinero por correo, y que eso era todo cuanto sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula, y si podía decirme algo de su castillo, tanto él como su esposa se santiguaron y, tras asegurarme que nada sabían, se negaron a añadir una sola palabra más. Estaba tan próxima la hora de partida de la diligencia que no dispuse de tiempo para interrogar a nadie más. Pero todo resultaba sumamente misterioso y nada alentador.

Poco antes de que me marchara, subió la patrona a mi habitación y, presa del histerismo, me dijo:

—¿Tiene usted que ir allí realmente? ¿De verdad tiene que ir, joven *Herr*?

Estaba tan excitada que parecía haber olvidado el poco alemán que sabía, y lo mezclaba con alguna otra lengua completamente desconocida para mí. Solo fui capaz de entenderla haciéndole multitud de preguntas. Cuando le dije que debía partir inmediatamente para ocuparme de un asunto de la mayor importancia, me volvió a preguntar:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

Le contesté que era el cuatro de mayo. Ella negó con la cabeza y dijo otra vez:

—¡Oh, sí, claro! ¡Ya lo sé! Pero ¿sabe qué día es?

Al decirle que no la comprendía, prosiguió:

—¡Es la víspera de San Jorge! ¿No sabe usted que esta noche, cuando den las doce, todos los seres malignos de este mundo se harán visibles y ejercerán todo su poder? ¿Sabe usted a dónde va, y a lo que va?

Parecía tan angustiada que intenté tranquilizarla, aunque sin resultado. Por fin, arrodillándose, me imploró que no me fuese; que al menos esperase un día o dos antes de partir. Aunque toda la escena parecía sumamente ridícula, yo no me sentía tran-

quilo. No obstante, tenía un asunto que resolver, y no podía consentir que nada lo estropeara. Por lo tanto, intenté que se incorporara, y le dije, lo más gravemente que pude, que se lo agradecía, pero que mi deber era imperioso y por tanto debía marcharme. Se levantó entonces, se secó las lágrimas, y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer ya que, como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar tales cosas como idólatras hasta cierto punto. Y, sin embargo, me parecía una descortesía rechazar el ofrecimiento de una mujer de edad, tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, porque poniéndome el rosario alrededor del cuello, me dijo:

—Hágalo por su madre.

Y salió de la habitación.

Escribo esta parte del diario mientras espero la diligencia que, como de costumbre, llega con retraso. Aún llevo el crucifijo alrededor del cuello. Puede que sea a causa de los temores de la anciana, o de las múltiples tradiciones espectrales de este lugar, o del propio crucifijo, pero no me siento ni mucho menos tan sereno como de costumbre. Si este diario llegara a Mina antes que yo, que al menos le sirva de despedida. ¡Ahí llega la diligencia!

5 de mayo. El Castillo.— Se han disipado ya las primeras luces de la madrugada y el sol está muy alto sobre el distante horizonte, que parece mellado, no sé si a causa de los árboles o las colinas, ya que está tan lejos que las cosas, grandes o pequeñas, se confunden. No tengo sueño, y dado que mañana nadie va a llamarme hasta que me despierte, escribiré hasta que me entre sueño. Como debo anotar muchas cosas extrañas, para que el que las lea no crea que antes de salir de Bistriţa cené demasiado, describiré en qué consistió exactamente mi cena. Tomé lo que aquí llaman "filete de salteador": trozos de tocino, cebolla y carne de vaca, sazonados con pimentón, y asados al fuego ensartados en varillas, ¡al estilo sencillo de la carne para gato que se vende en las calles de Londres! El vino fue un Medias Dorado, que produce un raro picor en la lengua que, sin embargo, no resulta desagradable. Solo tomé un par de vasos, y nada más.

Cuando subí a la diligencia el cochero todavía no había ocupado su puesto en el pescante, estaba charlando con mi patrona. Evidentemente hablaban de mí, porque de vez en cuando me miraban, y algunas de las personas que estaban sentadas junto a la puerta de la posada en un banco —que ellos llaman con un nombre que significa "el que lleva la palabra"— se acercaban a escuchar y luego me miraban, casi todos con lástima. Pude oír unas cuantas palabras repetidas con frecuencia, palabras extrañas, ya que estaban representadas varias nacionalidades en el grupo. De modo que saqué discretamente de la cartera mi diccionario políglota y las busqué. Confieso que no eran nada alentadoras, pues entre otras estaban *Ordog* (Satán), *pokol* (infierno), *stregoica* (bruja), *vrolok* y *vlkoslak* (ambas significan lo mismo: una especie de hombre-lobo o vampiro, solo que una es eslovaca y la otra serbia). (*Mem.*: debo preguntar al Conde acerca de estas supersticiones).

Cuando nos pusimos en marcha, la multitud reunida a la puerta de la posada, que había crecido considerablemente, se santiguó y me señaló con dos dedos. Con cierta dificultad logré pedirle a uno de mis compañeros de viaje que me contara lo que querían decir. Al principio no quiso contestarme, pero al enterarse de que yo era inglés, me explicó que se trataba de un hechizo o protección contra el mal de ojo. No resultaba muy agradable para mí, dado que en aquel momento partía hacia un lugar desconocido para reunirme con un hombre al que nunca había visto. Pero todos parecían tan bondadosos, tan afligidos y tan comprensivos, que no pude por menos de sentirme conmovido. Nunca olvidaré el último vislumbre que tuve de la posada, con su multitud de figuras pintorescas santiguándose bajo la amplia arcada de la entrada, sobre un fondo de abundante follaje formado por adelfas y naranjos plantados en cubas verdes agrupadas en el centro del patio. Entonces, nuestro cochero, cuyos amplios calzones de lino cubrían toda la parte delantera del pescante —que ellos llaman *gotza*—, hizo restallar su gran látigo sobre los cuatro caballos pequeños, enganchados por parejas, y nos pusimos en camino.

Pronto perdí de vista y olvidé los miedos espectrales ante la belleza del paisaje por el que discurríamos. No obstante, de haber conocido el idioma, o los idiomas, que hablaban mis compañeros de viaje, posiblemente no me habría resultado tan fácil librarme de ellos. Ante nosotros se extendía una tierra verde y en pendien-

te, poblada de selvas y bosques, con escarpados cerros coronados por grupos de árboles o alguna granja, cuyo hastial blanco miraba hacia la carretera. Había por todas partes una cantidad desconcertante de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales, cerezos, y según pasábamos pude comprobar que la hierba verde que crecía bajo los árboles estaba salpicada de pétalos caídos. La carretera discurría por entre esas verdes colinas de lo que aquí llaman *Mittel Land*[3], perdiéndose al doblar una curva cubierta de hierba, cuando no la ocultaban las copas dispersas de algún bosque de pinos, que de cuando en cuando descendía por las laderas como una lengua de fuego. A pesar de que el camino era accidentado, parecíamos volar con una prisa febril. Entonces yo no entendía el por qué de tanta prisa, pero era evidente que el cochero estaba empeñado en llegar a Borgo Prund sin pérdida de tiempo. Me dijeron que durante el verano esta ruta es excelente, pero que todavía no la habían reparado tras las últimas nevadas del invierno. En ese sentido, es diferente a la mayoría de carreteras de los Cárpatos, pues existe una vieja tradición según la cual no hay que conservarlas en demasiado buen estado. Antaño los hospodares[4] tenían el mayor cuidado de no repararlas, por miedo a que los turcos creyeran que se estaban preparando para introducir tropas extranjeras, y de esta manera acelerar una guerra que siempre estaba a punto de estallar.

Más allá de las voluminosas colinas verdes de la *Mittel Land* se elevaban enormes laderas boscosas que llegaban hasta las alturas más escarpadas de los propios Cárpatos. Se erguían imponentes, a derecha e izquierda de nosotros, y el sol de la tarde, que caía de lleno sobre ellas, hacía resaltar toda una bella gama de espléndidos colores: azul oscuro y púrpura en la oscuridad de las cumbres, verde y marrón donde se mezclaban las rocas con la hierba. Venía a continuación una interminable perspectiva de rocas dentadas y riscos puntiagudos, que se perdían en la lejanía, donde se alzaban grandiosas las cimas nevadas. Aquí y allá aparecían enormes hendiduras en las montañas, por las que, al ponerse el sol, veíamos de cuando en cuando el destello blanco de alguna cascada. Al contornear el pie de una colina,

[3] "Tierra Media", en alemán.
[4] Título ostentado por los príncipes de Valaquia y Moldavia a partir del siglo XV hasta 1866.

uno de mis compañeros me tocó el brazo, señalándome el altivo pico cubierto de nieve de una montaña que, mientras serpenteábamos por aquel sinuoso camino, pareció surgir de pronto delante de nosotros.

—¡Mire! ¡El Isten-Szék*!* ¡El trono de Dios!

Y se santiguó fervorosamente.

Mientras proseguíamos nuestro interminable camino, y el sol se hundía cada vez más a nuestras espaldas, empezaron a envolvernos las sombras vespertinas. Este efecto se acentuaba todavía más por el hecho de que el ocaso se demoraba en la cumbre nevada de la montaña, que parecía brillar con un suave y frío tono rosado. De vez en cuando nos cruzábamos con checos y eslovacos, todos ellos con atuendos pintorescos. Y observé que en ellos estaba muy extendido el bocio. Al borde del camino había numerosas cruces, y cada vez que pasábamos delante de alguna, mis compañeros de viaje se santiguaban. De cuando en cuando veíamos algún campesino o campesina arrodillados ante una capilla, y ni siquiera se volvían al pasar nosotros, sino que, absortos en su devoción, parecían no tener ojos ni oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas que eran nuevas para mí: por ejemplo, los almiares en los árboles, o los grupos de abedules rezumantes diseminados aquí y allá, sus troncos blancos brillando como la plata entre el suave verdor de las hojas. De vez en cuando nos cruzábamos con un *leiter-wagen*, típica carreta de campesino, de espinazo largo y sinuoso como una serpiente, calculado para adaptarse a las irregularidades del camino. En ellas siempre iba sentado un grupo numeroso de campesinos de regreso al hogar, cubiertos con pieles de cordero, blancas las de los checos, y de colores las de los eslovacos, llevando estos últimos, a modo de lanza, largos bastones con un hacha en el extremo. Al caer la tarde, comenzó a hacer mucho frío y el avance del crepúsculo pareció sumir en una especie de oscura nebulosidad la penumbra de los árboles —robles, hayas y pinos—, aunque, a medida que ascendíamos hacia el Collado, en los profundos valles que discurrían entre las estribaciones de las colinas, los oscuros abetos destacaban sobre un fondo de nieve recién caída. A veces, cuando la carretera cruzaba los pinares, que en la oscuridad parecían cerrarse sobre nosotros, las grandes masas grisáceas que cubrían los árboles producían un efecto particu-

larmente extraño y solemne, que avivaba los pensamientos y lúgubres fantasías surgidos al atardecer, cuando la puesta de sol ponía de relieve las fantasmales formas de las nubes que, en los Cárpatos, parecen serpentear incesantemente entre los valles. En ocasiones las colinas eran tan escarpadas que, pese a la prisa del cochero, los caballos tenían que ir al paso. Me hubiera gustado bajarme de la diligencia y subirlas a pie, como hacemos en mi país, pero el cochero no quiso ni oír hablar de eso.

—No, no —dijo—. Por aquí no debe caminar; los perros son demasiado feroces —y luego añadió lo que para él debía ser evidentemente una broma macabra, ya que se volvió para captar la sonrisa aprobadora de los demás—. Ya tendrá usted bastantes problemas esta noche antes de acostarse.

Solo se detuvo una vez momentáneamente para encender los faroles.

Al hacerse de noche, los pasajeros parecieron ponerse algo nerviosos y siguieron hablando con él, uno tras otro, como instándole a que apresurara el paso. El cochero fustigó despiadadamente a los caballos con su largo látigo, y con frenéticos gritos de aliento los urgió a hacer mayores esfuerzos. Entonces, en medio de la oscuridad, creí distinguir delante de nosotros una especie de claridad grisácea, como si hubiera una hendidura en las colinas. El nerviosismo de los pasajeros aumentó. La diligencia rodaba alocadamente sobre sus grandes ballestas de cuero, y se balanceaba de un lado a otro como un barco sacudido por una mar agitada. Tuve que sujetarme. El camino fue allanándose, y parecía que voláramos. Luego, las montañas fueron acercándose a nosotros por ambos lados, pareciendo que nos amenazaban. Estábamos entrando en el Collado Borgo. Uno tras otro, varios pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo con tal vehemencia que no pude negarme. Eran sin duda extraños y muy variados, pero todos ellos me fueron entregados con ingenuidad y buena fe, con palabras amables, hasta con bendiciones, y con esa extraña mezcla de gestos temerosos que había visto a la entrada del hotel de Bistriţa: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Luego, mientras seguíamos avanzando a toda marcha, el cochero se inclinó hacia adelante y los pasajeros, estirando el cuello, se asomaron a uno y otro lado del coche para escrutar con impaciencia la oscuridad. Era evidente que estaba sucediendo algo emo-

cionante o esperaban que sucediese. Y aunque pregunté a cada uno de los pasajeros, ninguno me dio la más mínima explicación. Ese estado de nerviosismo continuó durante un buen rato, hasta que finalmente apareció ante nosotros el Collado, que se abría por el Este. Nubes amenazadoras se desplazaban sobre nuestras cabezas, y en el aire había una sensación densa y opresiva de tormenta. Parecía que hubiera dos atmósferas distintas en cada vertiente de la cadena montañosa, y que nosotros nos dispusiéramos a entrar en la tormentosa. Inmediatamente me puse a buscar con la mirada el vehículo que me conduciría hasta el Conde. De un momento a otro, esperaba divisar entre la negrura el brillo de unos faroles. Pero todo estaba oscuro. La única luz que percibíamos la proyectaban los rayos parpadeantes de nuestros faroles, y sobre ella se elevaba, en forma de nube blanca, el vaho producido por nuestros extenuados caballos. Eso nos permitía distinguir el camino arenoso que se extendía ante nosotros en toda su blancura, mas en él no había señales de ningún otro vehículo. Con un suspiro de alivio, que parecía una burla a mi decepción, los pasajeros retrocedieron. Cuando reflexionaba sobre lo que me convendría hacer, el cochero, consultando su reloj, dijo a los demás viajeros algo que apenas pude oír, ya que lo hizo discretamente y en voz baja. Creo que dijo: "Una hora antes de lo previsto". Luego, volviéndose hacia mí, dijo en un alemán todavía peor que el mío:

—Aquí no hay ningún carruaje. Después de todo, no le espera nadie, *Herr.* Tendrá que venirse a Bucovina y regresar mañana o pasado; mejor pasado mañana.

Mientras hablaba, los caballos comenzaron a relinchar, a resoplar y a corcovear furiosamente, de modo que el cochero tuvo que sujetarlos. A continuación, mientras los campesinos gritaban a coro santiguándose, llegó una calesa tirada por cuatro caballos, nos adelantó y se acercó a la diligencia. A la luz de nuestros faroles, cuyos rayos caían sobre los caballos, pude observar que se trataba de unos animales espléndidos, negros como el carbón. Los guiaba un hombre de elevada estatura, con una larga barba de color castaño y un gran sombrero negro que le ocultaba el rostro. Cuando se volvió hacia nosotros, solo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes, que a la luz del farol me parecieron rojos.

—Esta noche ha llegado pronto, amigo —le dijo al cochero.

—El *Herr* inglés tenía prisa —respondió el cochero tartamudeando.

A lo que el recién llegado replicó:

—Por eso, supongo, pretendía usted que continuara hasta Bucovina. No puede engañarme, amigo. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Aunque sonreía al hablar, a la luz de nuestros faroles la expresión de su boca era dura, con labios muy rojos y dientes afilados, tan blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro el verso de *Leonora*, de Bürger:

Denn die Todten reiten schnell
(Porque los muertos viajan deprisa)

El cochero recién llegado le oyó, evidentemente, ya que alzó la mirada con una sonrisa resplandeciente. El pasajero volvió el rostro, al tiempo que extendió dos dedos y se santiguó.

—Deme el equipaje del *Herr* —dijo el conductor de la calesa.

Le dieron mis bolsas con excesiva prontitud y él las metió en la calesa. A continuación descendí de la diligencia, y el conductor de la calesa, que se encontraba a su costado, me ayudó a subir, asiéndome del brazo con una mano que me pareció de acero. La fuerza de aquel hombre debía ser prodigiosa. Sin pronunciar palabra, tiró de las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos adentramos rápidamente en las tinieblas del Collado. Al mirar hacia atrás, vi de nuevo el vaho que despedían los caballos de la diligencia a la luz de los faroles, sobre la que se recortaban las siluetas de mis antiguos compañeros de viaje, santiguándose. Luego, el cochero hizo restallar su látigo y dio voces a sus caballos, que prosiguieron su camino a Bucovina.

Cuando les vi desaparecer entre la oscuridad, sentí un escalofrío inesperado y me invadió una sensación de soledad. Mas el cochero me echó una capa sobre los hombros y me puso una manta en las rodillas, diciéndome en excelente alemán:

—La noche es fría, *mein Herr,* y mi amo el Conde me ha ordenado que cuide de usted. Bajo el asiento hay un frasco de *slivovitz* [aguardiente de ciruelas del país], por si lo necesita.

Aunque no lo probé, era un alivio saber que estaba allí, de todos modos. Me sentía algo raro, y bastante asustado. Creo, que de haber tenido cualquier otra alternativa, la hubiera adoptado, en lugar de proseguir aquel viaje nocturno rumbo a lo desconocido. El carruaje avanzaba en línea recta a muy buen paso. De pronto giró bruscamente y tomó otro camino igualmente recto. Tuve la impresión de que pasábamos una y otra vez por el mismo sitio, de modo que me fijé en algunos salientes para tomarlos como referencia, y comprobé que así era. Me habría gustado preguntarle al cochero qué significaba todo aquello. Mas la verdad es que me dio miedo, pues pensé que, en la situación en que me hallaba, de nada hubieran servido mis protestas si él tenía la intención de demorarse. Más tarde, no obstante, sentí curiosidad por saber cuánto tiempo había pasado, y encendí una cerilla, al resplandor de cuya llama consulté mi reloj. Faltaban unos minutos para la medianoche. Eso me produjo una especie de conmoción, pues supongo que mis recientes experiencias me hicieron recordar la superstición generalizada acerca de la medianoche. Quedé a la expectativa, presa de una malsana sensación de incertidumbre.

Entonces empezó a ladrar un perro en alguna granja lejana carretera abajo. Era un gemido prolongado, angustioso, como de terror. Le contestó otro perro, y luego otro y otro más, hasta que, llevados por el viento, que en aquellos momentos soplaba suavemente por el Collado, comenzó una serie de aullidos frenéticos, que parecían proceder de todos los ámbitos del país, hasta donde la imaginación podía captarlos a través de la penumbra de la noche. Al primer aullido los caballos se encabritaron, mas el cochero los tranquilizó, hablándoles con dulzura, aunque temblaban y sudaban como si huyeran a causa de algún susto inesperado. Después, a lo lejos, procedentes de las montañas de uno y otro lado, se oyeron unos aullidos más agudos —de lobos— que nos afectaron por igual a los caballos y a mí, pues yo estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos volvieron a encabritarse y a corcovear con tal furia, que el cochero tuvo que emplear todas sus fuerzas para evitar que se desbocaran. Unos minutos más tarde, no obstante, mis oídos acabaron por acostumbrarse a aquel sonido, y los caballos se tranquilizaron tanto, que el cochero pudo descender y acercarse a ellos. Los acarició y apaciguó, susurrándoles algo en las orejas, como he oído decir que hacen los domadores de caba-

llos. El efecto fue extraordinario: con las caricias se volvieron otra vez dóciles, aunque seguían temblando. El cochero tomó asiento de nuevo y sacudiendo las riendas reemprendió la marcha a gran velocidad. Esta vez, al llegar al otro lado del Collado, tomó de pronto un camino estrecho que torcía bruscamente a la derecha.

Pronto nos vimos rodeados de árboles, que en algunos lugares formaban una especie de bóveda por encima de nosotros, como si atravesáramos un túnel. Y una vez más, grandes y escarpados peñascos nos vigilaban a ambos lados amenazadores. Aunque estábamos a cubierto, podíamos oír el viento que se estaba levantando, que gemía y silbaba entre las rocas, y veíamos quebrarse a nuestro paso las ramas de los árboles. El frío fue haciéndose cada vez más intenso, y empezó a caer una nieve fina, en forma de polvo, que no tardó en cubrirlo todo con un manto blanco. El intenso viento seguía trayéndonos los ladridos de los perros, que iban debilitándose a medida que avanzábamos. Los aullidos de los lobos cada vez parecían más cercanos, como si nos estuviesen rodeando por todas partes. Yo estaba cada vez más asustado, y los caballos compartían mi miedo. El cochero, sin embargo, no estaba preocupado en lo más mínimo. Seguía mirando a derecha e izquierda, aunque yo no podía ver nada en medio de aquella oscuridad.

De pronto, atisbé a lo lejos, a nuestra izquierda, una vacilante llama azul casi imperceptible. El cochero la vio al mismo tiempo que yo, pues detuvo de inmediato los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y menos aún con los lobos aullando cada vez más cerca. Pero mientras me lo pensaba, de repente reapareció el cochero, tomó asiento y, sin decir pala-

bra, reanudamos la marcha. Puede que me quedara dormido y soñara aquel incidente, pues creo que se repitió una y otra vez en mi sueño, y ahora lo recuerdo como una especie de pesadilla espantosa. En una ocasión, la llama me pareció tan próxima a la carretera, que aun en la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente al lugar de donde surgía la llama —tan débil que apenas iluminaba a su alrededor— y recogiendo unas cuantas piedras formó con ellas una especie de dibujo. Entonces se produjo un extraño efecto óptico: al interponerse el cochero entre la llama y yo, no la tapó, sino que yo pude seguir contemplando su espectral parpadeo. Eso me sobresaltó, mas como el efecto fue pasajero, me dije que mis ojos me engañaban de tanto forzarlos en la oscuridad. Después dejaron de verse las llamas azules durante un buen rato, y continuamos viajando velozmente en la oscuridad, mientras los lobos aullaban en torno nuestro, como si nos siguieran en círculo.

Finalmente, el cochero volvió a detenerse y se alejó más que otras veces. Durante su ausencia, los caballos se pusieron a temblar más que nunca, y a resoplar y relinchar, presos del pánico. No podía comprender la causa, ya que habían cesado los aullidos de los lobos. Mas entonces, entre unas nubes negras, apareció la luna por detrás de la cresta dentada de un peñasco poblado de pinos que sobresalía amenazadoramente. Y a su luz pude ver que estábamos rodeados de lobos, de miembros largos y vigorosos y cuerpo peludo, que nos mostraban sus blancos colmillos y sus colgantes lenguas rojas. En medio de aquel lúgubre silencio, resultaban cien veces más terribles que cuando aullaban. Por mi parte, sentí que el miedo me paralizaba.

Solo cuando un hombre se enfrenta cara a cara con tales horrores puede comprender su verdadera importancia.

Los lobos se pusieron a aullar de nuevo todos a una, como si la luna hubiese ejercido sobre ellos algún raro influjo. Los caballos brincaron y se encabritaron, mirando a su alrededor con ojos desorbitados que inspiraban lástima. Mas el terrorífico cerco viviente los rodeaba por todas partes y se vieron forzados a permanecer en su interior. Grité al cochero que regresara, pues supuse que nuestra única oportunidad consistía en tratar de romper el cerco, ayudándole a acercarse. Chillé y golpeé el costado de la calesa, con la esperanza de que el ruido asustara a los lobos que había por aquel lado, lo que daría ocasión al cochero de llegar hasta el coche. Ignoro cómo lo consiguió, pero el caso es que le oí alzar la voz en tono imperioso, y al mirar en la dirección de la que provenía el sonido, le vi de pie en medio del camino, agitando los brazos como si apartara algún obstáculo intangible: los lobos retrocedieron más y más. En ese mismo momento, un nubarrón ocultó la luna y de nuevo quedamos sumidos en la más completa oscuridad.

Cuando mis ojos se acostumbraron a ella, el cochero estaba subiendo al pescante, y los lobos habían desaparecido. Todo era tan extraño y misterioso que me embargó un miedo espantoso, y no me atreví a hablar ni a moverme. El viaje se me hacía interminable en medio de aquella oscuridad casi absoluta, pues las nubes al desplazarse ocultaban la luna. Seguimos ascendiendo, aunque con ocasionales tramos de rápido descenso. De pronto me di cuenta de que el cochero estaba deteniendo los caballos en el patio de un inmenso castillo en ruinas, de cuyos altos ventanales ennegrecidos no salía ni un solo rayo de luz, y cuyas derruidas almenas recortaban sus serradas siluetas contra el cielo iluminado por la luna.